

lope de vega, ese desconocido

• ARTURO BERENGUER CARISOMO

I. — OPERAR SOBRE UNA PARADOJA

DESPUÉS de Miguel de Cervantes, el más despistado estudiante de literatura española ubica, sin mucho esfuerzo, el nombre de Fray Félix Lope de Vega y Carpio. ¿Cómo pues llamarle desconocido? ¿Cuál la razón del título enigmático y *carreliano*? Y, sin embargo, es así: sobre el cúmulo de paradojas inevitables que se amontonan cada vez que nos acercamos al monstruo de la naturaleza —¡qué aguda, qué exacta, qué fina la descorazonada definición cervantesca!— cada vez que nos proponemos accederlo, no es la menos acuciante y afligente ésta de que nunca lleguemos a conocerlo del todo. Porque sí: Lope es personaje de tal bulto y tal empaque, de tal magnitud que no hay nadie ignorante, por lo menos, de su existencia y de su fábula, pero ¿hay algún investigador, algún exégeta capaz de afirmar yo sé quién fue y cómo fue Lope de Vega? Múltiple, contradictorio, ardiente, Lope no es la luz reposada, estática, confortadora; la luz cuyas vibraciones no desazonan al ojo humano, Lope es el fuego cambiante, movedizo inasible. La luz no embauca ni hipnotiza, el fuego sí; tiene, como el mar, el vértigo de su misterioso poder. Lope es, como hecho humano y como realización literaria, una especie de tremenda fuerza elemental; por eso, como toda

substancia simple, toca los límites de lo inexplicable, de aquello imposible de reducir a otra entidad que lo defina; se queda en él mismo, como las cosas radicales e intransferibles, como la vida misma.

Cuando nos acercamos al Fénix de los Ingenios —otra definición cervantina de Lope, que es ya de por sí un modo de no poder definirlo dentro de las categorías humanas— estamos siempre corriendo el riesgo de la paradoja. Su genio, cosa singular y quizá única, está más allá del famoso "principio de contradicción": Lope puede ser y no ser al mismo tiempo, y en esta caza angustiosa de su esencia, de su misterio, siempre la corza de su ingenio realizará el brinco más inesperado y deslumbrante o, sencillamente, dejará de ser corza. El venador se quedará con el arco en la mano oteando un horizonte cambiado o una transformación que requiere otras armas, otra conducta cinegética.

Lope de Vega, ese gran desconocido, y sin embargo...

II — EXTRAVERSION Y FRAGMENTACION

Sin embargo, quizá no haya escritor que haya dado más cuenta de sí mismo que el inquietante Lope. Su epistolario

es nutridísimo y, podemos creerlo, de una absoluta sinceridad; en el Fernando de las dos versiones de *La Dorotea*, se pintó a sí mismo y a su época, al parecer, sin ninguna clase de reticencias; su vida sentimental, ¡y qué vida sentimental!, la documentó con prolija diligencia: desde las cartas a los libelos; hizo teoría de su teatro en *El nuevo arte de escribir comedias* y en múltiples ocasiones —ahí está el copioso y arborescente *Laurel* e *Apolo*— hizo expresa declaración de sus preferencias estéticas. Más aún: conocemos sus enconos de capilla literaria, sus pequeñas y lógicas vanidades, sus caprichos, sus acerbos dolores.

Todo eso es verdad. Lope, en la psicología actual, sería un caso de fogoso extravertido. No tiene la dulce ironía del sufrido Crevantes, el empaque reservado de Góngora, el amargo resentimiento de Alarcón; es pródigo, exterior, multánime. Pero todo ese colorido y dinámico caleidoscopio es el hecho, la anécdota, la circunstancia; detrás, implacable, renitente, inaccesible, está el alma de Lope, la calidad última, definidora del doble amante de la Tierra y del cielo, o:

Versos de amor, conceptos esparcidos, o:

*Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;*

del confiado dramaturgo capaz de entrar a manos llenas en el cercado ajeno para mejorar los frutos o del quejiso comentador de sus coetáneos; del padre amante y el libelista iracundo; del sacerdote arrepentido cuidando, en los años posteriores, la ciega locura de Marta de Nevares. ¿Cómo reducir la paradoja? ¿Cómo era Lope allá en el fondo secreto, inexcusable? ¿Podemos fiarnos? Acaso toda su extraversión, los que podrían ser sus inmensos "tets" proyectivos, no sean otra cosa sino un denodado esfuerzo para ocultar la verdad última y profunda; saltos y transformaciones de la corza para no dejarse atrapar ni por la red ni por el venablo.

Quedaría la obra, pero Lope es, irremediablemente, un autor fragmentario. Entendámonos: no que sólo haya escrito

fragmentos —sería una ofensa al lector puntualizarlo— no, es que su lectura, su inteligencia siempre resultará fragmentaria en razón misma de su magnitud. Es como el mar, inabarcable en un acto puro y único de aprehensión, y esto aunque se lea íntegro lo muchísimo que de él nos queda. Sabremos, sí, de momentos, de instantes, de ocasiones —aquí trágico, allá risueño, acullá popular, a veces cresco y culterano— estaremos frente a suaves amaneceres, radiantes mediodías, encendidas tramontanas; ya calmo, ya tempestuoso, lo radicalmente imposible será reducir el todo a una unidad de emoción creadora, a un presupuesto definidor, a una sola y tranquilizadora pauta de conducción. *El castigo sin venganza* y *La Gatomaquia* son de Lope, ¡quién lo duda!, y aun estilísticamente se podría demostrar que son de la misma genial minerva, pero ¿qué misterio, qué secreto impulsó estos dos mundos estéticos tan distantes, tan contradictorios? ¿A qué fondo distinto y, sin embargo, semejante respondieron en cada caso? Podríamos acumular los interrogantes en fila apretada e imbatible.

No hay duda: *La Gatomaquia* es la obra fragante e inmarcesible de un genio, también lo es *El castigo sin venganza*. Cada una es la prueba de una soberana potencia creadora; pero cada una es un como un fragmento de otra serie enorme de posibilidades insospechadas; es un sector, una intuición, un momento; sobre estos dos ejemplos mínimos, dos gotas de agua en el océano de Lope, quedan otros miles distintos, cambiantes, inasibles, porque aunque tuviéramos la certeza de haber leído toda su obra —¿quién tuvo alguna vez la plenitud de esa certeza?— jamás podríamos asegurar el haber topado con la unidad radical, última y determinante del polimórfico poeta, supuesto que cada lectura no es otra cosa que la revelación de un único instante de su ardorosa y febril impaciencia. Diez versos de Garcilaso son, detalle en más o en menos, como una célula viva y palpitante de todo su orga-

nismo lírico, dolorido y erótico; un minúsculo ejemplar nos denuncia toda su biología así como cualquier fragmento de Cervantes nos da siempre, o casi siempre, la garantía sintética de su espíritu coherente, luminoso unitario aun en la múltiple capacidad de su genio.

III. — VIDA, OBRA, BIBLIOGRAFIA

Imposible pues, abarcar, en una biografía que buscara ir más allá de la narración pura, la vida de Lope. Desborda todos los esquemas conocidos. En rigor de verdad, no le sucedieron acontecimientos de muy variada especie ni su dinámica se desplazó por meridianos extraños. En tal sentido, es mucho más rica y pintoresca la vida de cualquiera de sus contemporáneos: Cervantes, Tirso. No; el caso es mucho más grave por cuanto la dificultad estriba no en lo acontecido como tal sustancia de vida sino en la magnitud con que fueron vividos aquellos acontecimientos, en la tremenda y angustiosa densidad de cada uno. El cautiverio argelino de Cervantes es, en sí mismo, una circunstancia narrable, objetiva, precisa —bien sabemos el largo partido que le sacó el alcalaino— pero la vida erótica de Lope es un mundo complejo, fuliginoso, donde se dan cita, en diálogo insospechado, la Bestia y el Ángel, donde se fraguan en indisoluble desarmonía el truhán y el caballero, el padre amantísimo y el amante sin escrúpulos. ¿Qué crítico, qué psicólogo nos daría ni siquiera una problemática —no digo ya una solución— de este extraño y, por cierto, nada diabólico escritor? Porque la incuestionable, la segura, la profunda fe católica de Lope es otro de los ingredientes —y seguramente no el menos activo de su obra— que despista y deslumbra para una clarificación del análisis.

Y tampoco, en este caso, la obra ingente sirve para mucho: son muy raros los casos en que la obra de Lope tangencia con su biografía. Vida y creación

son como dos ríos impetuosos, irregulares, enormes que, si en alguna ocasión, muy aislada, confunden sus aguas, por lo general circulan con torrentosa y resonante autonomía. ¿En cuál de sus personajes está Lope? ¿O está en todos? ¿Qué obra, salvo, claro está, *La Dorotea*, está escrita como resultado de una vivencia, una emoción, un acto de odio o de amor? Imposible discernirlo en las magnitudes fabulosas de su repertorio. Ello hace imposible conocer a fondo otro de los misterios de esta asombrosa y proteica criatura: el proceso de su genio, la instauración de su personalidad literaria, los pródromos, en una palabra, de la conquista de su técnica, su fantasía, su elocución siempre tan seguras, tan firmes, tan diestras. Dentro de la azarosísima clasificación cronológica de la obra de Lope, ésta —las contadas excepciones confirman la regla— aparece siempre como un acto espontáneo del genio adulto, sin esfuerzo, tal como si aquella famosa *larga paciencia* de la definición positivista de la genialidad hubiera sido para Lope sólo una adivinación intuitiva, ingénita y sin esfuerzo. ¿No le llamó monstruo, es decir, cosa fuera de la normalidad, la sana envidia del fracaso teatral de Cervantes?

Por eso de Lope de Vega corre una bibliografía descriptiva. Se pueden hacer Catálogos, exégesis parciales, estadísticas, atisbos. Es imposible, o casi imposible, una especie de Lope desde adentro, una definición sintética, radical, de esa extraña, de esa desconocida personalidad. Lo escrito es mucho, muchísimo, tanto o casi tanto como lo escrito para Cervantes o Shakespeare; puede ir desde libros admirables donde se quiso fundir la totalidad del mar lopesco con la energía de la síntesis, como el tan famoso de Karl Vossler, a ensayos puramente funambulescos como la pirotécnica biografía de Gómez de la Serna; lo inaccesible, frente a Lope, es el libro clave, el que nos dijera, con gesto definidor y absoluto: éste es Lope de Vega, ésta

la radical de su genio, ésta el alma, la esencia de ese misterioso duende elástico, saltarín, llameante, capaz de todas las sorpresas, todas las máscaras, todas las posibilidades.

Ni la vida ni la obra ni la bibliografía. Lope evade todas las retículas, todas las escalas de mensura psicológicas o estéticas. Es él en él mismo. Algo así, milagroso, extracomún, debieron sentir del Fénix sus contemporáneos cuando, en pleno rigor de la vigilancia tridentina, echaron a rodar, en su homenaje, aquella versión zurda y heterodoxa del Credo, bien pronto censurada:

*Creo en Lope todopoderoso
poeta del cielo y de la tierra...*

IV. — SENTIR A LOPE

Algo muy hondo debió llegar al alma española del siglo XVII —Lope murió a los setenta y tres años, en 1635, circuido por el halo del mito— para animarse a dar tales zancadas por el campo de as oraciones canónicas, y ese algo fue que a Lope no era posible, quizá, conocerlo, pero sí era posible sentirlo como cosa propia y plenamente lograda; dicho con otras palabras: Lope era algo inusitado y extraño, una planta desparramada y exótica pero cuyas emanaciones, cuyo perfume llegaban con eufórica plenitud salutífera, y exactamente en la proporción, en la medida, en la fuerza que necesitaban sus beneficiarios. Es un error —a mi juicio— decir que Lope es un escritor popular. En algunos chirridos de su minerva no lo hay más borroco, culto ni culterano —recuérdense *La Circe*, *La Dragontea*, *El anzuelo de Fenisa*—; lo que es, sí, vivamente auténticamente, es un poeta de la circunstancia humana de su tiempo, un artista, aun en medio de sus lucubraciones más complejas, de sentir, en un momento dado, y, sobre todo, de transmitir, en sus momentos de más arrebatada inspiración, tres o cuatro de las emociones que más rizaban la sensibilidad de su época: el sentido ecuménico

de lo español, la inquietud erótica unida al concepto del honor —todavía no sublimado a categoría racional como se hizo a fines de la centuria— y, todo ello espumado, además, en lirismo ardiente y dialéctico, la presencia cauterizante y redentora de la santa fe católica.

Unos instantes de reflexión y veremos que esos pocos elementos siempre sentidos y transmitidos por Lope son, todavía, las coordenadas emocionales del pueblo español. Como todo artista que sabe llegar tan a lo esencial, aunque él como hecho en sí mismo permanezca inasible y misterioso, el Fénix es un autor eterno y sin caducidad. No es eco de una circunstancia, es la voz de un modo de ser nacional: el español. No sabemos cómo ni de dónde llega claramente ese alado mensaje. Llega, sencillamente. Tampoco sabemos en qué colosal teclado apoya sus dedos para la sinfonía dulce o salvaje el gran organista del viento o de la brisa.

Lope, poeta de la mujer, fiel monárquico y amasado por el pensamiento de la Contrarreforma; Lope del Madrid viejo —su cuna, en 1562—, Lope de la fábula clásica o de la historia romanceada; lírico del amor humano o del amor divino; épico heroico o pasquintero burlesco, tierno o violento, dulce o amargo, Lope es, como la vida, la sencillez misma en su impensada y natural espontaneidad. Por eso —también como la vida, como el amor— es difícilmente explicable por la vía racional; imposible de reducir a un sistema; como la vida, como el amor, humano o divino, a Lope hay que sentirlo; enajenarse en su deslumbramiento. Una exégesis, un comportamiento dialéctico frente a Lope siempre nos alejaría de su verdad, de aquella que sintió su buen pueblo madrileño al llamarle, en riesgo de herejía, *poeta del cielo y de la tierra*, es decir, poeta del tiempo y de la eternidad.

Lope, como el mar, es inaprehensible, pero, también como el mar, es la oscura fuente de vida literaria española más rica, más variada y más española a que pudo aspirar aquella literatura. A los

cuatrocientos años de su nacimiento, el 25 de noviembre de 1562, Lope de Vega, ese gran desconocido, aún sigue tan lleno de posibilidades, tan misterioso, inquietante e intacto como cuando, en los viejos corrales del siglo de oro, conmovía por igual a señores, hidalgos o mos-

queteros con aquella imprecación tan femenina, tan popular, tan castiza y tan cristianamente bravía de la villana Laurencia en *Fuenteovejuna*:

*Llevóme de vuestros ojos
a su casa Fernán Gómez...* ♦

la casa de la noche

• SAUL MIGUEL RODRIGUEZ AMENABAR

DICEN que Mottura tenía ya montada la pieza, cuando una semana antes del estreno se le declararon en huelga los actores secundarios del reparto. También se dice que en Buenos Aires hay quien no se atreve a intervenir en la representación de esta obra, "por no comprometerse". En Europa, la vieja "Europa de riñones cascados", como dirá el mismo Maulnier, se ha levantado ya la consabida ola de polémicas en torno al tema. Lo cierto es que este trozo de buen teatro no sería cabalmente interpretado si sólo se hiciera hincapié en su descarnada presentación del problema comunista. Hay mucho más, y eso trataremos de demostrar.

Un grupo de refugiados huye de la Alemania Oriental hacia la tierra de la libertad. La franja que está entre ambas fronteras es la tierra de nadie, y en ella está la "casa de la noche", refugio de los

que deben esperar hasta que se abran las barreras del sector occidental. El grupo está formado por una frívola Condesa, un hombre llamado Adler, que a la postre resulta ser un sacerdote, y que no huye precisamente, sino que trata de entrar al sector comunista. Un ministro de la República Popular (Werner), que no comulga con el régimen, y que se lleva consigo a su amante y secretaria, dejando abandonada a su mujer (Lisa), una pobre mujer inaguantable y vacía, quien sin embargo sale en su búsqueda, ignorando que así cruza la frontera. Infiltrados entre ellos están dos agentes del comunismo, Hagen, hastiado de todo, que luego se identificará con los que huyen, movido de compasión ante la abandonada Lisa, y Krauss, rígido ejemplar de una disciplina absurda, puesta al servicio de la violencia. En la casa habita el "enlace" de todas las fugas, el cual ha recogido a una niña (Lidia), que hoy